

# Hablar de sexo y pensar en sexo: La lingüística y la construcción discursiva de la identidad <sup>Ψ</sup>

---

**Deborah Cameron y Don Kulick**  
**Traducción de Andrés Felipe Castelar**

En la película *Cuando Harry conoció a Sally*, hay una famosa escena en la cual Sally, la protagonista, aparentemente tiene un orgasmo mientras está cómodamente sentada a la mesa, en medio de un abarrotado restaurante. De hecho, tanto el hombre que está con ella, Harry, como la audiencia que ve la acción en la pantalla, saben que ella lo está fingiendo, para demostrar que no se puede notar la diferencia entre una representación muy competente pero ficticia de un orgasmo, y la vivencia de uno real. Parte de lo divertido de la escena es la sorpresa, distracción y vergüenza que causa en los otros clientes en el restaurante, quienes no pueden estar seguros de si el orgasmo es real o no. También es parte de la diversión la mortificación del hombre para quien se hace la representación del orgasmo: si éste no fue real, quizás los orgasmos femeninos en relaciones en las que él ha participado tampoco fueron del todo reales.

Esta escena ofrece una ilustración de lo que implica «la construcción discursiva de la sexualidad». El hombre que cree que siempre puede saber cuándo un orgasmo femenino es genuino, permanece atado a una de las más apreciadas creencias en torno al sexo: aquella según la cual el cuerpo nunca miente. De acuerdo con esta perspectiva, la manifestación externa del orgasmo proviene directamente de procesos psíquicos y de sensaciones internas, y en ausencia de dichos estímulos físicos, tal expresión no puede ser convincente. La mujer, sin embargo, empieza a mostrar que se puede comunicar un orgasmo sin tener uno, al producir signos que convencionalmente indican un «orgasmo» (estos incluyen gestos no lingüísticos como sofocos y gemidos, y signos lingüísticos como

el repetir [en inglés] «oh» y «yes»). La experiencia sexual, como otras experiencias humanas, se comunica y se hace significativa a través de códigos y convenciones de significación. De hecho, sin estos códigos no seríamos capaces de identificar experiencias particulares, entendidas como «sexuales» en primera instancia. Los códigos de significación no sólo son relevantes en la actuación sexual (por ejemplo, para comunicar el orgasmo) sino también para entender qué se está haciendo, lo cual a su vez ejerce una influencia sobre lo que hacemos. Aquello que sabemos o creemos *sobre* el sexo es parte del bagaje que traemos *al* sexo; y nuestro conocimiento no viene exclusivamente de experiencias de primera mano, sino que está mediado por el discurso que circula en nuestra sociedad.

En este punto sería útil decir algo sobre el término «discurso», potencialmente confuso, que es usado de diferentes maneras por los dos principales grupos académicos cuyas ideas esbozamos en este capítulo: los lingüistas y los teóricos críticos. Para los primeros, el «discurso» es el «lenguaje en uso» – un analista del discurso difiere de un analista de la sintaxis o de un semántico formal al estudiar, no los procesos internos de algunos sistemas lingüísticos (por ejemplo, «inglés» o «árabe») sino la forma como los significados se producen cuando se usa el lenguaje, en contextos particulares para propósitos particulares. De otro lado, para los teóricos críticos, los «discursos» son un conjunto de proposiciones en circulación acerca de un fenómeno particular, que constituyen lo que la gente toma por la realidad de ese fenómeno. El teórico crítico Michel Foucault (1971: 149) definió

<sup>Ψ</sup> Traducción del capítulo 2 del libro *Language and sexuality* de Deborah Cameron y Don Kulick, (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), autorizada por los autores y por la editorial.

el «discurso» como «las prácticas que sistemáticamente forman los objetos de los cuales habla». Por ejemplo, la práctica de administrar ciertos tipos de pruebas y exámenes a las personas, y luego usarlas para propósitos de educación y empleo, de acuerdo con la forma de puntuar dichas evaluaciones, hacen existir categorías tales como «cociente intelectual [IQ]» o «tipo de personalidad» al igual que categorías de personas definidas a partir de su cociente intelectual o de su personalidad, como los «superdotados» o los «extrovertidos».

Aunque las dos definiciones de «discurso» son diferentes, no es difícil establecer conexiones entre ellas. De una parte, los discursos «teórico críticos» implican claramente el discurso lingüístico: las prácticas que forman los objetos de los cuales habla (o escribe) el discurso, han de ser extendidas a prácticas dependientes del lenguaje, como la definición, clasificación, explicación y justificación. De otro lado, los ejemplos del uso del lenguaje estudiados por los lingüistas bajo el título de «discurso» están situados socialmente, y deben ser interpretados en relación con los «discursos» en el sentido de la teoría crítica. En este capítulo no trataremos de mantener separados y diferenciados los dos sentidos del término «discurso» dado que consideramos que se implican mutuamente en el proceso que nos interesa, a saber, la construcción y de la «realidad» del sexo.

El desacuerdo entre Harry y Sally, por ejemplo, no es solamente un evento contenido en el plano del discurso, sino que adquiere mucho de su significado en su relación con los discursos que ya circulaban acerca de los orgasmos y de las veces que éstos son fingidos. Para interpretar la escena, los espectadores competentes deben albergar ciertas presuposiciones de dicho discurso, que no necesitan hacerse explícitas para que sean relevantes. Por ejemplo:

- El orgasmo representa el pico de la satisfacción sexual tanto para hombres como para mujeres
- El orgasmo es más difícil de obtener en las mujeres, pero igualmente es más fácil de fingir
- Ser capaz de hacer que una mujer llegue al orgasmo se considera una señal o de que se trata de un amante hábil y considerado con su pareja

Estas presuposiciones (sean o no tomadas como auténticas) son necesarias para entender por qué es la mujer la que finge el orgasmo en el restaurante, en vez del hombre, y por qué es el hombre, y no la mujer, quien quiere creer que los orgasmos no pueden fingirse de manera convincente. Dado que el orgasmo ha sido considerado como un elemento indispensable del buen sexo, y dado que las dificultades que las mujeres pueden tener para alcanzarlo durante la relación sexual, han sido publicitadas ampliamente, «darle» a la mujer un orgasmo se ha convertido en una suerte de prueba para las proezas sexuales de los hombres heterosexuales. Esto constituye una tentación para las mujeres quienes tienden a fingir orgasmos, con el fin de aumentar los sentimientos del hombre para enorgullecerlo (o quizás para deshacerse de él más rápido). Pero desde la perspectiva del hombre, la posibilidad de que una mujer finja tener orgasmos socava la imagen que tiene de sí como alguien sexualmente dotado.

Las presuposiciones mencionadas arriba son discutibles, por supuesto, y no son obvias, o incluso inteligibles en cada tiempo y lugar. Por buena parte del siglo XX, la incapacidad de algunas mujeres de alcanzar el orgasmo durante el sexo heterosexual no se atribuía a la falta de cuidado y de habilidad de los hombres sino a la ausencia de respuesta sexual y, en extremo, a la presencia de una condición patológica llamada «frigidez». A los hombres cuyas compañeras mujeres no tenían orgasmos, no se les alentaba como se hace hoy a enfrentarlo como un desafío. Los expertos tranquilizaban a las personas del común señalando que la obtención de muchos orgasmos en las mujeres «normales», no era la meta más importante al tener sexo, y de cualquier forma, la ausencia de orgasmos no era un asunto de preocupación; señalaban que hay dos tipos de orgasmos: el clitoridiano y el vaginal. Sólo el último representaba la satisfacción sexual madura y auténtica.

Las activistas del movimiento de liberación femenina, al final de la década del 60 e inicios de los 70, empezaron a explorar las presuposiciones del discurso de aquel entonces acerca del orgasmo femenino. Ellas se apropiaron de los hallazgos sexológicos que sugerían que las mujeres estaban equipadas para obtener un

placer orgásmico (clitoridiano) casi ilimitado. Si muchas mujeres no estuviesen alcanzando este potencial, las feministas vieron las razones como de índole cultural, no físico. Indicaron que las mujeres habían sido desestimuladas a explorar sus cuerpos y a reconocer aquello que les aportaba placer; y también que el tipo de sexo que las adecuaba a la norma y al ideal – el intercambio sexual – es particularmente pobre si busca que las mujeres pudiesen obtener un orgasmo. En su artículo «El mito del orgasmo vaginal», Anne Koedt argumentaba que la idea del orgasmo vaginal en la mujer no era simplemente un producto de la ignorancia generalizada de la anatomía y fisiología femeninas<sup>1</sup>, sino un mito que le servía a los intereses de los hombres heterosexuales: son ellos, más que las mujeres, quienes encuentran el contacto vaginal especialmente placentero. Koedt sugirió que las mujeres «deben empezar a exigir que si ciertas posiciones sexuales, ahora definidas como estándares, no conducen mutuamente al orgasmo, no se continúe definiéndolas como estándares» (2000 [1968]: 372).

Lo que se ilustra en esta discusión acerca del cambio en las ideas sobre el orgasmo femenino es que en cualquier momento en el tiempo, las maneras como la gente ha *discurseado* sobre el sexo, dan forma a:

- Su comprensión del sexo y de cómo debería ser éste (por ejemplo, cuán importante es el orgasmo para definir lo que cuenta como sexo)
- Su comprensión sobre sí mismos como seres sexuales (por ejemplo, si la ausencia de orgasmo de una mujer en la relación sexual es «normal», o si es una señal de «frigidez» o el resultado de la incompetencia masculina): y
- Su interpretación de la experiencia sexual (por

ejemplo, si un encuentro sexual particular constituye «buen sexo», o si un orgasmo particular fue vaginal o simplemente «clitoridiano» – las cuales no son preguntas que las personas se formulan hoy porque el discurso que sostenía esta distinción ya está en desuso)

Decir que la sexualidad «está construida de manera discursiva» es decir que el sexo no tiene un significado por fuera de los discursos con los cuales le damos sentido y del lenguaje en el cual dichos discursos están en permanente (re)circulación. Retirado del contexto de otro discurso, la escena en la cual se finge el orgasmo en *Cuando Harry conoció a Sally* es sólo un truco de salón, como si alguien desplegara su habilidad para imitar el sonido del canto de una ballena jorobada. Visto en relación con otro discurso, se torna significativo de otras maneras, por ejemplo, como un comentario sobre las costumbres sexuales y las relaciones de género de un tiempo y lugar particulares.

### **Definir la sexualidad: el poder de la palabra**

Es un lugar común en el discurso contemporáneo decir que hablar de sexo es algo intrínsecamente bueno y liberador. Hay una creencia generalizada según la cual, hasta hace muy poco, el sujeto se encontraba tan sumido en la vergüenza y la ignorancia, que difícilmente podría comenzar a hablar sobre un tema relacionado con el sexo, y que aún hoy estamos en ese proceso de romper el silencio. Tendemos a felicitarnos a nosotros mismos por nuestra apertura a hablar de sexo, contrastando favorablemente nuestras actitudes modernas, ilustradas, con la gazmoñería de épocas anteriores, cuando tales conversaciones eran tabú – censuradas en público y reprimidas incluso en lo privado.

<sup>1</sup> El «orgasmo vaginal» tendría su origen físico en la vagina, y se producía por estimulación directa sobre ella (de forma prototípica por la introducción del pene durante el contacto sexual). Los investigadores posteriores a la Segunda Guerra Mundial encontraron, sin embargo, que el orgasmo siempre requería la estimulación (directa o indirectamente) del clítoris. La vagina es un órgano relativamente insensible y poco poblado de terminaciones nerviosas y, mientras las mujeres pueden tener orgasmos durante la penetración, los mismos no se deben sólo a la estimulación vaginal. La historiadora Rachel Maines (1999) ha señalado que por siglos y hasta antes de Freud, la «histeria» era entendida por las autoridades médicas como una condición resultante de la falta de liberación sexual. Comúnmente se prescribía la manipulación manual o mecánica para el tratamiento de las mujeres diagnosticadas como histéricas; lo cual era realizado por médicos o comadronas con el fin de producir un orgasmo (aunque a menudo los textos médicos prefieren llamarlo «crisis histérica» evitando así las implicaciones que pudiesen tener para ellos, el proveer más un servicio sexual que una atención médica). A todas luces quienes prescribían este tratamiento sabían que el orgasmo femenino no requería penetración vaginal, de hecho, ninguna penetración, como fórmula para producir el orgasmo (así, muchas pacientes acudían a recibir los masajes con sus esposos y sostenían relaciones sexuales regulares con ellos).

Este recuento de la historia presente reconoce lo significativo del lenguaje y del discurso en relación con la sexualidad, pero desde la perspectiva de la mayoría de los teóricos contemporáneos, también representa de manera errada dicha relación. Concibe el deseo, las prácticas y las identidades sexuales como realidades fijas, que siempre han existido, y que han estado a la espera de las condiciones socioculturales que les permitirían expresarse en palabras. La posición alternativa, esbozada en nuestra discusión sobre el «discurso» y adoptada a lo largo de este libro, es que la «realidad» del sexo no pre-existe al lenguaje en el cual se expresa; más aún, el lenguaje produce las categorías a través de las cuales se organizan nuestros deseos, prácticas e identidades sexuales.

Si fuese cierto que estamos emergiendo de milenios de silencio hacia el sujeto sexual, ello implicaría que, para la mayor parte de la historia humana, el sexo en sí no existiría. Podemos citar literalmente la sardónica observación del poeta Philip Larkin (1974) según la cual «El sexo empezó para mí en 1963 / entre el final de la prohibición de *Chatterley* / y el primer LP de Los Beatles»<sup>2</sup>. Sin embargo, la noción de que no había un discurso sobre el sexo antes de fines del siglo XX, no soportaría un escrutinio crítico. El más influyente de todos los teóricos de la construcción discursiva de la sexualidad fue Michel Foucault, y que tuvo su inicio con la *Historia de la Sexualidad* (1981), problematizando la creencia de que el discurso acerca del sexo es producto de ideologías modernas de la «liberación sexual». Él hizo énfasis en que las sociedades y las instituciones que han sido consideradas de manera convencional como las representantes de la «represión» sexual extrema, pueden producir grandes cantidades de discursos acerca del sexo, exactamente por esa razón. Así, por siglos, los católicos de Roma han sido requeridos al momento de la confesión a manifestar los deseos y actividades sexuales que prohíbe: lejos de guardar silencio sobre el sexo, las personas piadosas se vieron obligadas a convertir sus deseos en palabras. También, por supuesto, las autoridades legales y religiosas definían el discurso sobre lo que estaba prohibido y lo que era legítimo. De tal forma, producían un

conjunto de categorías que definían el conjunto de prácticas –tanto las legítimas como las prohibidas– que contaban como «sexuales».

La categorización discursiva de las prácticas consideradas sexuales y la división de las mismas en «lo permitido» y lo «prohibido» es un fenómeno de vieja data. Una de las observaciones más influyentes de Foucault, sin embargo, tiene que ver con el surgimiento histórico más reciente de categorías de *personas* definidas a partir de sus deseos y prácticas sexuales, cuyos ejemplos principales son «homosexuales» y «heterosexuales». Lo que promovió este desarrollo fue el cambio que vivió Occidente, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, que pasó de tratar la regulación del sexo como algo propio de las autoridades religiosas y civiles, a tratarlo como algo propio de las autoridades médicas y científicas. La Iglesia y las cortes habían basado sus prácticas regulatorias en las nociones de «pecaminoso» o «delictivo», y se habían centrado en las acciones, más que en los actores. Ciertos actos sexuales fueron prohibidos, pero no se concebía a las personas que los cometían como una clase o un «tipo»: eran penalizadas por hacer lo que hacían, más que por ser como eran. La medicina y la ciencia, sin embargo, como cuerpos de saber cuya meta era descubrir las leyes que gobiernan el mundo natural, buscaban regular el sexo sobre la base de una distinción diferente – no la que se da entre virtuoso/pecaminoso o lícito/ilícito, sino entre natura/contranatura o normal/anormal. Este desplazamiento de la atención del acto al actor, llevó a que la conducta desviada fuese vista como una manifestación de una naturaleza fundamentalmente anormal. Ello dio origen a la idea de que una persona pudiese ser definida a partir de sus deseos eróticos – y que esos deseos constituían el centro de su ser y determinaban en ellos una identidad específica que los ligaba a otros que tenían deseos similares.

La distinción que acabamos de señalar, entre considerar el sexo como una conducta o tratarlo como lo que define la identidad de una persona, puede ser oscura, pero ello se puede aclarar usando un ejemplo contemporáneo: el modo como entendemos la práctica de pagar por sexo a una prostituta. En inglés hay

<sup>2</sup> [El poeta se refiere a la prohibición que existía en Inglaterra para publicar el libro *El amante de Lady Chatterley*, considerado inmoral, prohibición que se levantó en 1961. Nota del Tr.].

términos de uso común para describir aquellas personas (la gran mayoría son hombres) que les pagan a las prostitutas por sexo, incluyendo «cliente», «fulano», «marchante» o «puntero». Sin embargo, palabras como «cliente» aluden a algo que la persona hace en un contexto específico (esto es, facilitar un dinero a cambio de sexo) y no implica que el estatus de «cliente» de esa persona tenga alguna relevancia más allá de dicho contexto. ¿Esa persona sigue siendo un «cliente» cuando va a trabajar al otro día? ¿Esa persona es aún un «cliente» cuando ve las noticias de la televisión en la noche? ¿O cuando lee a sus hijos un cuento antes de dormir? ¿Todos los clientes tienen una naturaleza similar, distinta a los no-clientes? ¿Los investigadores habrán hallado en un tiempo el «gen del cliente»? ¿Podemos ver a un niño de 6 años y susurrar, «ese niño será todo un cliente cuando crezca»?

Si estas preguntas tienen poco sentido es debido a que «cliente» no es (al menos hoy en día) una identidad. Es sencillamente una etiqueta para una relación específica (de comprador a vendedor de servicios sexuales) y sólo aplica cuando las partes están comprometidas en la transacción. Pero si la reemplazamos por «homosexual» en las preguntas formuladas arriba, es evidente que nos enfrentamos a una forma diferente de estatus – uno considerado como permanente y que lo abarca todo. Una persona homosexual no sólo lo es cuando tiene sexo, sino que permanece homosexual en la oficina, viendo televisión o jugando con los niños. Algunos investigadores han propuesto la existencia del gen homosexual y muchos adultos se han preocupado al mirar a un niño de 6 años y ver en él a un homosexual en formación.

Las definiciones de «ser cliente» y «ser homosexual» han sido ejemplo de «desviación» sexual. Ambas cargan con un cierto estigma y pueden acarrear sanciones legales. La diferencia es, con todo, que en un caso el estigma y el castigo están dirigidos a una forma particular de comportamiento, mientras que en otro caso se dirigen a una categoría de personas cuyos deseos sexuales son constituyentes de

su identidad. Esta aproximación a la homosexualidad es reciente, y emergió a finales del siglo XIX. En un pasaje bien conocido de la «Historia de la sexualidad», Foucault explica cómo la «sodomía», un término que principalmente denotaba una relación anal pero también incluía una amplia gama de conductas sexuales prohibidas, fue transformado en la categoría identitaria de «homosexualidad».

El homosexual del siglo XIX se convirtió en un personaje, un pasado, una historia de vida y una infancia, además de ser un tipo de vida, una forma de vida, una morfología, con una anatomía indiscreta y posiblemente con una fisiología misteriosa. Nada que estuviera en su estructura dejaba de verse afectado por su sexualidad; estaba presente en él en todas partes: en el origen de todas sus acciones pues allí se encontraba principio activo indefinido e insidioso, escrito de forma descarada en su rostro y cuerpo, porque era un secreto que siempre lo delataba. Su sexualidad era consustancial a él, menos que un pecado habitual era una naturaleza singular. *La sodomía ha sido una aberración temporal: el homosexual era ahora una especie nueva* (Foucault 1981: p. 43, la cursiva es nuestra)<sup>3</sup>.

El homosexual del siglo XIX no era la única especie nueva a diagnosticar, a estudiar, sobre la cual experimentar e, idealmente, curar. Las tipologías producidas entonces fueron innumerables, catalogando las múltiples formas de desviación que pudieron reconocerse en las «perversiones» sexuales. Los homosexuales fueron incluidos en un conjunto carnavalesco que incluía onanistas, «frotistas»,<sup>4</sup> ninfomaníacas, zoofílicos y fetichistas. También, de forma temporal, se incluyó en esta galería de bribones a quienes eran «heterosexuales»: el término, acuñado en 1869 (el mismo año que el término «homosexual») originalmente denotaba una perversión - tener sexo con alguien de otro género por mero placer, más que por interés reproductivo. Estos primeros «heterosexuales» eran personas que tenían sexo con mujeres embarazadas o preferían el sexo oral antes que la penetración. Las mujeres también podían sufrir de

<sup>3</sup> En la traducción al español de *Historia de la sexualidad*, (tomo 1, «La voluntad de saber», ed. Siglo XXI, 7ª edición de 1981, traducción de Ulises Guiñazú, revisada por Juan Almeda, coedición de Siglo XXI

México y Siglo XXI España), este párrafo aparece en las pp. 57 y ss., y la oración en cursiva reza: «el sodomita era un relapso: el homosexual es ahora una especie». [Nota del tr.].

<sup>4</sup> En inglés, «frottists», que designa a quienes reciben estimulación sexual de la frotación. La palabra viene de «frottage», una técnica que se emplea para obtener imágenes frotando grafito sobre papel que se extiende encima de una superficie con bajorrelieve. [N. del tr.]



heterosexualidad, pero ello era menos común; y si una mujer disfrutaba demasiado al tener sexo con un hombre, ello también recibiría otros nombres, como veremos más adelante.

A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la heterosexualidad perdió su estatus de perversión. Este cambio reflejó la influencia de argumentos elevados por Freud y otros, según los cuales el obtener placer durante el sexo no era anormal. Esto permitió que el término se convirtiera en lo que es hoy: el antónimo

de «homosexual», y que denotara la atracción sexual hacia personas del sexo opuesto (ver Katz, 1995). Con este contraste de denominaciones se hizo posible pensar en los términos que consideramos hoy como natural y contra natura, asumiendo que cada individuo tiene una «orientación» sexual fundamental hacia personas de su propio sexo o del opuesto<sup>5</sup>. Por tanto, se hizo posible la construcción y exhibición pública de identidades sociales basadas en la orientación sexual, tales como «gay» o «lesbiana».

#### UN MARCO DIFERENTE: LAS SEXUALIDADES ROMANAS<sup>6</sup>

De acuerdo con el clacisista Holt N. Parker (1997), la categorización sexual en la antigua Roma se basaba en una distinción fundamental entre la actividad y la pasividad sexual, sin prestar mayor atención a la distinción homo/hetero que es fundamental para el Occidente moderno. La sexualidad «activa» en el sistema romano, significaba usar el pene para penetrar alguno de los tres orificios corporales, la vagina, el ano o la boca. Los nombres latinos para cada posición en la clasificación que resultó se muestran abajo (adaptado de Parker, 1997: 49):

	<i>Vagina</i>	<i>Ano</i>	<i>Boca</i>
Activo (penetrador, masculino)	fututor	pedicator	irrumator
Pasivo (penetrado, masculino)	cunnilinctor	cinaedus/pathico	fellator
Pasivo (penetrado, femenino)	femina/puella	pathica	fellatrix

Las etiquetas activas (*fututor*, *pedicator*, *irrumator*, que significan «el que penetra una vagina/ano/boca») sólo se pueden aplicar a los hombres, dado que poseen un pene con el cual realizan la penetración. Las mujeres son pasivas por definición: la etiqueta para una mujer penetrada vaginalmente (*femina* y *puella*) quieren decir simplemente «mujer» y «niña». Hombre/mujer, entonces, es una distinción crucial en este sistema, pero Parker argumenta que la separación hetero/homo no lo es. Cada uno de los tres términos activos denota una preferencia por penetrar un orificio particular, y mientras *fututor* implica que la persona penetrada es una mujer, pues sólo las mujeres tienen vaginas, *pedicator* e *irrumator* no especifican el sexo de la persona penetrada. Todas las posiciones activas se consideraban sexualidades

<sup>5</sup> Los prefijos «homo» y «hetero» se derivan del griego y significan «igual» y «diferente». La categoría «bisexual» origina problemas para este esquema clasificatorio, y resulta interesante señalar que su realidad o legitimidad no es aceptada por personas situadas a ambos lados de la línea divisoria entre lo homo y lo hetero. Esta actitud escéptica hacia la bisexualidad testimonia nuestra visión actual según la cual la orientación sexual (al igual que el sexo/género) es fundamentalmente una oposición binaria así que una persona no puede ser dos cosas a la vez. Otro caso interesante es el celibato: declararse a sí mismo como célibe, de manera voluntaria, y descartar cualquier forma de orientación sexual (como algunos individuos célibes lo hacen, aunque por su puesto no todos) no escapa necesariamente de la especulación sobre si esa persona es en realidad «gay» o hetero – lo cual sugiere que las personas que no son «ninguna de las dos» no son menos inteligibles que los que son «ambas».

<sup>6</sup> Dado que este ejemplo se relaciona con una lengua antigua, el latín, hay algunas precauciones obvias acerca del rango y de la representatividad de los datos analizados por Parker que parten de un corpus limitado de textos escritos preservados (especialmente literarios). Claramente esto implica un sesgo hacia el uso de una comunidad lingüística de elite (y masculina) y hacia las convenciones literarias para representar el sexo, cuyas relaciones con formas de hablar cada vez más abundantes son difíciles de juzgar. De cualquier forma no podemos asumir que las clasificaciones que parten de estas fuentes fuesen las únicas empleadas en la Roma antigua como un todo. (Agradecemos a Kate Nighthendheler por dirigir nuestra atención hacia el trabajo de Parker).

masculinas «normales», independientemente de si la boca o el ano de las personas penetradas pertenecían a un hombre o una mujer (o si no les importaba de cuál de los dos se tratara, lo cual parece que no era una actitud poco común).

Las posiciones pasivas podían ser ocupadas por hombres o mujeres, y los términos empleados para describirlos se diferenciaban por el género. *Fellatrix*, por ejemplo, es el equivalente gramatical para *fellator* (ambos derivan de *fellare*, «mamar»). Sin embargo, hay una diferencia importante entre los términos masculino y femenino: una mujer pasiva es normal pero un hombre pasivo es perverso. Tanto la felación como el cunnilingus eran considerados humillantes para los hombres, porque (por más contra-intuitivo que nos pueda parecer) se convertían en pasivos. Parker explica que «para un hombre, el dar sexo oral era ser pasivo con respecto a su boca [por ejemplo, dejarse penetrar] y la ignominia se vivía igual por estar al servicio de un hombre o una mujer». Parker, 1997: 52). Parece evidente que (como lo llamaríamos ahora) el sexo lésbico está ausente de esta clasificación, aunque ciertamente era conocido en la antigua Roma. Los términos más comunes para estas mujeres eran *tribad* y *virago* (vir=hombre). Y los romanos pensaban en ellas como mujeres que remedaban a los hombres, intentando tener el rol sexual activo, para lo cual no estaban equipadas.

Aunque algunos aspectos del sistema romano pueden parecernos familiares (por ejemplo la asociación activo/pasivo con masculino/femenino, a la cual volveremos más adelante<sup>7</sup>), Parker indica que los sistemas antiguo y moderno no se corresponde el uno al otro – no tiene sentido preguntar hoy si un romano «era homosexual» porque la preferencia homo/hetero no estaba en el sistema de categorización estructurado. (Igualmente, resultaría incomprendible preguntarle a un hombre hoy si es un *irrumator*. Muchos hombres aún hoy hacen lo que hacía un *irrumator*, pero no hay una categoría o etiqueta para «hombres que disfrutaban penetrar la boca de otra persona»).

Un motivo importante para categorizar a las personas en «homosexuales» (por ejemplo, otro tipo de grupos desviados como los «criminales» o los «lunáticos») fue someter a dichos miembros de tal categoría a una serie de controles, tales como el uso de intervenciones médicas con el propósito de «curarlos». Pero cuando una clasificación de este tipo se convierte en la base de una identidad social compartida, ello abre la posibilidad de que quienes se identifiquen como miembros del dicho grupo puedan organizarse para resistir su opresión colectiva. Esto es lo que ha ocurrido en el caso de la homosexualidad. Los movimientos en pro de los derechos gays o la liberación gay se han basado en la aceptación implícita de este esquema de categorías (la división de las personas en dos clases, dependiendo de su orientación sexual) pero ello está acompañado de un rechazo explícito de los significados negativos que originalmente habían sido asignados a los miembros de la

clase «homosexual». Foucault llama a esta forma de resistencia un «discurso invertido» porque se apropia del gesto original de clasificar un grupo de «desviados» («sí, somos homosexuales») y lo invierte contra la autoridad que clasifica («y como un grupo minoritario *bona fide*, exigimos nuestros derechos»).

Un derecho que se exige a menudo cuando un grupo minoritario se politiza, es el derecho a asignarse de nuevo un nombre a sí mismo – por ejemplo, para sustituir el término «gay» en vez de la etiqueta usada por los expertos (a menudo poco simpatizantes) de «homosexual». Más adelante volveremos a considerar la política de la asignación de nombres y etiquetas; sin embargo, lo planteamos aquí para subrayar el hecho de que esa clasificación es una práctica tanto lingüística como discursiva (en su sentido más amplio): simultáneamente produce y *etiqueta* categorías, y la selección de las etiquetas es importante a la hora de definir lo que las categorías implican.

<sup>7</sup> La distinción activo/pasivo prevalece en algunas sociedades de forma más destacada que la división homo/hetero. Esto nos puede llevar a percibir que en un encuentro homosexual masculino sólo el compañero «pasivo» es realmente un homosexual. Kulick (1997, 1998) discute este tema en relación con las homosexualidades latinoamericanas en general y con los travestis brasileños en particular. Ver también Greenberg (1988) y Murray (1997, 200).

Los tipos de discurso experto que históricamente han ejercido mayor influencia para la formación de la clasificación moderna de los deseos, prácticas e identidades sexuales, pertenecen a la medicina, en especial a la psiquiatría, y a las disciplinas de las ciencias sociales tales como la psicología y la sexología. El trabajo de los primeros sexólogos estableció muchas de las categorías que aún hoy circulan de forma popular, tales como «sadismo», «masoquismo», fetichismo», «pedofilia». La «disfunción» (por ejemplo, impotencia, eyaculación precoz, frigidez) también alimenta el impulso clasificatorio hoy. Esta urgencia de clasificar y etiquetar el dominio del sexo ha persistido hasta hoy: nuevas categorías aparecen de forma regular mientras otras caen en el desuso y desaparecen lentamente. Los expertos ya no tienen mucho que decir sobre aquellas figuras que una vez fueron familiares, tales como «la frígida» y su opuesto, «la ninfomaniaca» – y también abandonaron a los «onanistas» y los «frotistas», quienes poblaban los textos del siglo XIX. Por otro lado, recientemente nos hemos familiarizado con el «adicto al sexo», un individuo (de cualquier sexo, aunque se presenta más a menudo en un hombre que en una mujer) que depende patológicamente del «viaje» (euforia) producido por el sexo, de la misma manera como otros adictos son incapaces de funcionar sin alcohol o narcóticos.

Como lo ilustran estos ejemplos, las categorías que existen en un momento dado no surgen de forma aleatoria ni inmotivada, y los cambios que sufren no ocurren por el avance del conocimiento científico. Los cambios dramáticos en la opinión de los expertos a menudo reflejan claramente los cambios ideológicos que sufre la sociedad, más que ser resultado de nuevos y sorprendentes descubrimientos científicos. De tal suerte que la masturbación, presentada por los médicos en el siglo XIX como una verdadera emergencia de salud pública que desafiaba el bienestar e incluso la vida de los niños que se dedicaban a ella, es tratada ahora por los expertos como una parte normal del desarrollo sexual. El cambio no fue promovido por una evaluación controlada en la cual la hipótesis según la cual «la masturbación es dañina» fuese desaprobada de forma decidida. Así como tampoco fue una investigación puramente científica lo que llevó a que en 1973 se eliminara la homose-

xualidad del Manual Diagnóstico y Estadístico de Enfermedades Mentales (DSM). Ello se debió a las campañas políticas de organizaciones activistas gays y lesbianas, y reflejó un clima de mayor apoyo para que sus derechos fuesen reconocidos. Asimismo, la desaparición del término «ninfomanía» no está del todo alejada de la crítica feminista al doble estándar que esta categoría reproduce (las mujeres tenían una patología al hacer ostentación de su deseo sexual, mientras en los hombres es visto como algo normal). La nueva categoría de «adicción sexual» llena una nueva brecha en la que individuos con patologías muestran un «excesivo» deseo de sexo pero no se especifica su género para así evitar acusaciones de sexismo. La forma particular que toma esta nueva patología debe ser entendida en un contexto más amplio. El discurso sobre la adicción en general adquiere una potencia extraordinaria durante las décadas del 80 y 90, en parte debido a que la atención del público se centró en ver las drogas como un problema social (fue la época en que se declaró la «guerra contra las drogas») y en parte debido a la prominencia cultural dado al «movimiento de recuperación» cuyo prototipo fue Alcohólicos Anónimos». La narrativa de adicción y recuperación, repetida de forma constante en *talk shows* de TV (programas donde se conversa) y en programas de entrevistas con celebridades en problemas, se convirtió en un discurso obvio en el cual se puede hablar sobre todas las posibles conductas que se consideran autodestructivas o antisociales, incluso las conductas sexuales –y aún hoy lo sigue siendo–.

### **¿Qué hay en un nombre? La política de la rotulación**

Más arriba se dijo que la clasificación de los deseos, prácticas e identidades sexuales hacía dos cosas al mismo tiempo: produce categorías, y crea rótulos o etiquetas, al asignarles un nombre. En la sección inmediatamente anterior nos concentramos en el significado del primer efecto, la producción discursiva de categorías sexuales. Queremos enfatizar que esto no es un asunto meramente de colgar expresiones lingüísticas a algunos trozos pre-existentes de realidad que siempre «estuvieron allí» esperando por ser nombrados. La producción de las categorías



opuestas «homosexual» y «heterosexual», por ejemplo, reconfigura la realidad para cuyo propósito se diseñaron tales etiquetas o rótulos, y trae a la luz algo – a lo que ahora nos referimos como «orientación sexual» o «preferencia sexual» – que no hacía parte del modo como anteriormente se entendían las conductas sexuales. Esta re-configuración fue mucho más que la invención de un par de palabras para el vocabulario. Debido a que usamos el lenguaje para pensar con él (tanto individualmente como en una conversación con otras personas), una nueva forma de pensar traerá consigo nuevos usos del lenguaje, y una nueva clasificación de los fenómenos tiende a acuñar nuevos términos. Todo esto podría proponer la siguiente pregunta: ¿Cuán importantes son las palabras? ¿Importa no solamente el tener etiquetas para algo, sino también de qué tipo de la etiqueta se trate?

De cara a responder estas preguntas, hay que considerar para qué usamos etiquetas y de qué tratan las polémicas sobre las mismas. Los debates sobre qué tipo de nombre asignar a un determinado grupo («negro» contra «afro-americano», «minusválido» contra «persona con discapacidades», «homosexual» contra «gay») fácilmente aparecen – y a menudo presentados por comentaristas de primer orden – como disputas irrelevantes sobre problemas semánticos triviales. Invariablemente alguien señala que la «realidad» – hechos materiales tales como la discriminación racial y los violentos ataques homofóbicos – no pueden ser cambiados simplemente con un vano juego de palabras. Pero muy pocos de estos activistas que abogan por la transformación de los términos lo hacen por creer que un cambio en los términos eliminará de forma mágica la desventaja material. Más bien, ellos ven el cambio de las etiquetas como un desafío a la estructura *ideológica* que convierte el status de subordinación de los grupos en algo natural, aceptable e inevitable.

El desafío se dirige principalmente a esos sectores de la sociedad que oprimen de forma activa al grupo o que tácitamente admiten su opresión. Sin embargo, cambiar las etiquetas clasificatorias puede tener objetivos de transformación al interior de los mismos grupos en desventaja: además de desafiar los prejuicios de los demás, una meta que se fija el cambio

de las etiquetas y, por tanto, de las identidades, es satisfacer el deseo de los miembros del grupo de asignarse a sí mismos nombres y descripciones con las cuales se puedan identificar. Hablar, por ejemplo, de la «comunidad gay» o de la «nación queer» es una estrategia para promocionar la solidaridad y la cohesión de grupo, creando lo que el historiador del nacionalismo Benedict Anderson (1983) llama una «comunidad imaginada». Anderson señala que incluso en un país muy pequeño, la mayoría de las personas no tienen contacto directo con más de una pequeña fracción de de sus compatriotas: en contraste con, por ejemplo, «la aldea» (el pueblito), «la nación» es una abstracción, y el identificarse con ella implica un cierto esfuerzo imaginativo. Así, el sentido de sí como integrantes de naciones particulares tiene que ser construido a través de representaciones simbólicas de la nacionalidad: relatos sobre los orígenes y la historia del país; mapas del territorio; discusiones acerca del «carácter nacional»; textos dirigidos al pueblo y escritos por los líderes del país (por ejemplo, el discurso anual del presidente de Estados Unidos sobre «el estado de la Unión»); himnos; banderas, y rituales colectivos de conmemoración de eventos claves (como la celebración de independencia). Nombres y etiquetas son también recursos significativos para el trabajo simbólico que implica la construcción de una nación (piénsese por ejemplo en la forma como «Rhodesia» se convirtió en «Zimbabwe» siguiendo el acceso al gobierno de la mayoría negra). Esta reflexión acerca de las naciones puede ser extendida a toda suerte de agrupaciones que van más allá de las redes sociales inmediatas de sus miembros – la «diáspora africana», «la Iglesia Católica Romana», «el partido conservador» o, de hecho, la «comunidad gay». Sin embargo, estas agrupaciones más extensas no son homogéneas y cuando hay diferencias entre los miembros del grupo o entre grupos, los propósitos de rotulación y de asignación de nombres que intentan reunir a los miembros del grupo en torno de una visión única y compartida sobre lo que los une, puede ser un desafío tanto a nivel interno como externo. Ya sea que los debates se realicen de forma local o sean más abiertos, ello muestra esencialmente que son luchas por el poder llevadas a cabo en el plano simbólico; son, al mismo

tiempo, pugnas por quién tiene el poder o el derecho a asignar un nombre o etiqueta, y sobre quiénes de los que debaten lograrán que sus presuposiciones sean ubicadas en un primer plano en esa asignación.

Como se indicó arriba, el desplazamiento de «homosexual» a «gay» es, entre otras cosas, un rechazo por parte de una etiqueta clínica, de un experto, inventada y usada por la gente que típicamente no pertenece al grupo relevante o no necesariamente apoya su lucha. «Gay», por el contrario, se origina en los años 30 como un término interno al grupo, es decir, como parte de un código que sólo entendían los demás miembros o sus simpatizantes (Butters, 1998). Aunque los dos términos tienen el mismo sentido referencial, pues identifican el mismo grupo de personas, sus significados no son los mismos. La selección de uno u otro puede significar la diferencia entre conceptualizar la homosexualidad como una enfermedad o una desviación o hacerlo de una forma más positiva: como una elección personal o política, por ejemplo, o como una «variante natural» de la sexualidad humana, menos común que la heterosexualidad pero no por ello merecedora de condenación<sup>8</sup>. Puede ser usado también por los miembros del grupo para diferenciar entre aquellos individuos que han aceptado su orientación (están «fuera del closet») y aquellos que están todavía ocultos – los últimos son más «homosexuales» que «gays», porque éste último vocablo connota más una identidad sexual a la cual se han adscrito voluntariamente mientras que los individuos no asumidos niegan su homosexualidad<sup>9</sup>.

En las variantes formales del discurso dominante hay señales que indican que el término «gay» ha asumido el status de término no marcado y relativamente neutral, mientras que «homosexual» como

sustantivo es evitado en contextos en los que se busca un uso no peyorativo del tema. La BBC, por ejemplo, emplea el término «gay» en sus boletines de noticias, particularmente en contextos en los que se refiere a un individuo (por ejemplo, «el primer miembro abiertamente gay de la Cámara de los Lorens»). Esto implica que «gay» ha pasado a ser un término típico, medio, conservador, y que para muchas personas de habla inglesa ocupa el espacio semántico que tenía previamente la palabra «homosexual». Para otras personas de habla inglesa, por supuesto, ese espacio semántico no es neutral sino marcadamente negativo, y «gay» puede ser usado como un insulto<sup>10</sup>. De todos modos, se puede decir que hay una lucha simbólica que resultó en una victoria para el grupo del término medio: ha sido aceptado por importantes protectores del lenguaje como la BBC y, en consecuencia, el término aparece ahora como no marcado en el más respetable discurso público. Ello nos recuerda cuán rápido cambian las cosas: apenas a principios de la década del 90 cualquiera que usase o diese a entender «gay» en el sentido de «homosexual» podría encontrar protestas vehementes de personas que reclamaban el robo del término de una minoría desviada o que se estaban apropiando de una palabra cuyo «verdadero» sentido<sup>11</sup> pertenecía a las personas de habla inglesa y que se debía preservar a toda costa.

Como se destacó antes, las disputas sobre el uso de etiquetas también puede tener lugar al interior del grupo en el que se aplican. Por ejemplo, una diputa de vieja data se ha producido en términos de género: muchas lesbianas prefieren el término específico «lesbianas» a «gay», el cual oscurece la presencia de las mujeres al incluirlas en una etiqueta que inicialmente hacía referencia a los hombres. Este argumento estaba, y lo está aún, conectado a una crítica

<sup>8</sup> Las dos opciones mencionadas señalan un desacuerdo con quienes consideran que la orientación sexual es una característica innata de los individuos. Recientemente, la idea de que el homosexual nace y no se hace, ha ganado más apoyo que el que tuvo durante la época de la liberación gay, en parte debido a que es más fácil en el debate político actual (especialmente en los Estados Unidos) presionar por medidas de antidiscriminación si el campo en el que se sienta el debate libera a la víctima de una elección, como el sexo o la raza, más que algo sobre lo que, en principio se habría decidido cambiar. En el discurso actual encontramos que hay una situación peculiar, en la que personas gays prominentes que actúan de portavoces ante la opinión pública insisten en que su sexualidad está determinada por la biología, mientras que fundamentalistas homofóbicos declaran por el contrario que es algo socialmente construido (una «elección sobre el estilo de vida» de la cual los individuos podrían y deberían renunciar).

<sup>9</sup> Nota del Tr. Se podría traducir el término «encloseted», (que aquí se ha traducido por «no asumidos» pero que también significaría «ocultos, reservados») por «enclosetados», que forma parte del argot homosexual de hoy.

<sup>10</sup> Un grupo de estudiantes universitarios de 18 años que recibían clases con uno de nosotros en el año 2001 indicaba que «gay» significaba «lisiado» o «tonto», (tal como «eso es tan gay») y que tales sentidos eran usuales en los colegios y escuelas de secundaria a los cuales asistían antes de ingresar a la universidad.

<sup>11</sup> Los autores se refieren aquí al sentido original de «gay», que denotaba simplemente alegría (N. del Tr.).

feminista de la dominación masculina de la cual no escapan los hombres gays (este tema se discute en los capítulos 3 y 4 de este libro). Algunas lesbianas cuestionan no sólo la inclusividad del género en el uso del término «gay» sino también y fundamentalmente que exista una «comunidad gay» en la cual hombres y mujeres están unidos y unidas por la cultura y la política. Otras lesbianas sienten que comparte más cosas con los hombres gays que con las mujeres feministas. Este ejemplo ilustra otra función de los rótulos identitarios: adoptar uno de ellos en lugar de otro es una forma de indicar posiciones políticas contrastantes<sup>12</sup>.

Este punto también es relevante cuando consideramos la más reciente aparición del término «queer». «Queer» ejemplifica una estrategia en el uso de rótulos identitarios que también ha sido usada por grupos subordinados, que reclaman una palabra que en el pasado servía para insultar a dicho grupo. «Negro», una vez considerada negativa e insultante, fue empleada por el movimiento del Poder Negro; las activistas de la Liberación Femenina en los 70, reclamaron para sí las palabras «bruja», «perra» y «arepera». <sup>13</sup> Un grupo de rap ampliamente reconocido se hacía llamar «Negros con actitud»<sup>14</sup> y existen grupos de pacientes psiquiátricos radicales que emplean el slogan «Encantado de estar loco». La estrategia es de tipo confrontacional: se dice «sí, somos exactamente eso que tú dices – y aún más, estamos orgullosos de ello». Los y las activistas queer tienen un mensaje para los adversarios que, alguna vez, los crearon, y que está definido en el slogan:

«aquí estamos, aquí nos quedamos, acostúmbrense».

Pero, además de ello, la palabra «queer» representaba un intento aún más osado por reformar el campo de lo sexual – político. No era sólo la intención de quienes la usaban por primera vez el ofrecer un nuevo rótulo como alternativa a las categorías «gay» y «lesbiana», sino que formaba parte de un discurso más amplio sobre la sexualidad que buscaba producir una nueva categoría, que se definía en un sentido deliberadamente amplio y libre de ataduras, que incluyera todas las posiciones posibles y que diera cabida a quienes habían sido excluidos de las disposiciones heteronormativas y ortodoxas. Ello incluiría, por ejemplo, a travestis y otras personas transgeneristas que podrían o no identificarse con las categorías «gay» o «lesbiana» pero que de otras maneras desafían la heteronormatividad. Incluiría personas con deseos «desviados» sin interesar su orientación sexual (como por ejemplo, sadomasoquistas o fetichistas); incluso, en principio daría cabida a personas que alegan no tener orientación sexual precisamente porque ese alegato desafía la lógica ortodoxa actual de la comprensión de la sexualidad. «Queer» no fue concebida como una categoría de identidad de la misma manera como lo fue «gay»; lo que significaba era más bien un conjunto de posiciones político – culturales, una de las cuales ha sido, de hecho, muy crítica de la clase política representada por los movimientos gays ylésbicos durante el final de la década de los 80 y los 90. El activismo queer se ha nutrido de la teoría queer (de la cual se habla en el capítulo 3 de este libro), una corriente importante

<sup>12</sup> Podemos notar que la función de señalar las posiciones políticas no está limitada al uso de etiquetas en sí mismo. Se puede extender a convenciones ortográficas empleadas al escribir tales etiquetas. La ortografía ha sido una fuente importante de material contra el cual hacer reclamos políticos de parte de muchas feministas radicales; así, cualquiera puede usar hoy, o recordar haber usado, términos como «wimmin», y la connotación que ello implica (el trabajo de la teóloga feminista Mary Daly es el más exuberante de ellos; ver Daly, 1979, Daly con Capuri, 1988). [El término no tiene una traducción oficial directa al castellano, pero se refiere a una nueva forma de escribir, pronunciar y deletrear la palabra «women» (mujeres) dado que ésta última derivaría del término «men» (hombres). Para más información, ver el foro: <http://www.research.umbc.edu/~korenman/wmst/womyn.html> Nota del tr.] Más recientemente, los y las activistas transgeneristas han pedido un cambio en la escritura de la palabra inglesa «transsexual» al querer remover de ella una «s» y transformarla en «transexual». La razón que han esgrimido es que, al quitar una letra de la palabra, están reclamando el término para sí y lo están tomando del *establiment* médico que la creó (ver Valentine y Kulick, 2001). Los continuos esfuerzos de parte de escritores y escritoras transgeneristas por re – elaborar el sistema de género del idioma inglés (por ejemplo, al usar un tercer género gramatical, como «s/he», o «hir» son otro ejemplo de este fenómeno (ver Kulick, 1999; Valentine y Wilchis, 1997; Wilchins, 1995) [al castellano, los mismos esfuerzos se han centrado en el empleo del símbolo «@» en lugar de las letras «a» y «o» que suelen determinar el género de la palabra, como en «nosotr@s» o «amig@s», o el tercer género «-es», como por ejemplo al decir «nosotres» o «amigues». Nota del tr.]

<sup>13</sup> El término en inglés es «dyke», palabra soez e insultante para las lesbianas que en algunos países de América Latina corresponde a «arepera», y en otros a «tortillera» (N. del Tr.).

<sup>14</sup> La expresión «tener una actitud» es usada coloquialmente en inglés estadounidense en el sentido de tener una actitud desafiante o de rebeldía (N. del Tr.).

que contenía una crítica sostenida al concepto de «identidad» y las presuposiciones esencialistas que de este concepto dependían.

Hemos hecho uso del tiempo verbal pasado en algunas oraciones del párrafo anterior, no porque la política queer haya dejado de existir, sino porque el término «queer» se ha ampliado más allá de la comunidad que la adoptó inicialmente y en el proceso, ha ganado nuevas inflexiones y significados. Hoy, la palabra «queer» es usada muy a menudo como equivalente a «gay/lesbiana» aunque con un acento más radical. Hoy podríamos afirmar que «queer» se ha ubicado en el lugar en el que estuvo una vez «gay», remplazando a «homosexual» en el respetable discurso ilustrado. Podríamos afirmar que «gay» fue capaz de hacerse respetable ante guardianes del lenguaje como la BBC, en parte porque palabras más agresivas como «queer» entraron en la arena pública. Las palabras no cambian su sentido de forma aislada, sino en una relación dialéctica con otras. La casi equivalencia entre «gay» y «queer» en algunos contextos sugiere que «queer» no ha logrado desplazar el sistema clasificatorio existente ni ha logrado producir una alternativa - o al menos, no ha logrado hacerlo por fuera de una pequeña comunidad de teóricos y activistas. Pero el presente estado de la cuestión no es el fin de la historia. La teoría y el activismo queer han abierto un debate acerca de la identidad y la sexualidad que aún permanece, y el estatus de la etiqueta «queer» que aún hoy se discute (de aquello que incluye, de aquello que significa, de si es preferible a otras etiquetas) necesita ser entendido como parte de un debate aún más amplio. Dado que éste continúa, el significado o los significados del término «queer» y su relación con otros rótulos sin duda continuarán cambiando.

En esta sección en la que hemos hablado sobre nombres y etiquetas, hemos argumentado que aunque las palabras importan –como lo atestigua la energía invertida por años para argumentar sobre etiquetas como «gay», «lesbiana», «queer»– las palabras aisladas no son el punto clave de la discusión. Es en el *discurso* – el uso del lenguaje en contextos específicos – donde las palabras adquieren significados. Cuando la gente argumenta sobre las palabras, también lo hace sobre las presuposiciones y valores

que se han aglomerado en torno a dichas palabras, en el curso de su uso cotidiano. No podemos entender el significado de ninguna palabra a menos que atendamos de forma detenida a su relación con otras palabras y con su discurso (de hecho, con los discursos competentes), en cuyas palabras se encarna. Y debemos tener en mente también que los discursos cambian y se modifican constantemente, lo cual explica por qué los argumentos sobre las ideas y los discursos (para gran indignación de las brigadas de discusiones sobre problemas semánticos sin sentido) cambian constantemente y nunca serán zanjados del todo.

Nos hemos centrado de manera particular en un cierto conjunto de palabras – categorías o rótulos identitarios– porque su notoriedad, tanto en el campo científico como en el del discurso político de la sexualidad, es amplia. Sin embargo, no todas las palabras son de esta índole, y los significados no residen exclusivamente en el vocabulario. En la siguiente sección, nos queremos adentrar en el problema de examinar un tipo de análisis más contextualizado, tomando ejemplos del lenguaje en uso y prestando atención a patrones gramaticales al igual que al vocabulario. Empezamos centrándonos en el rol jugado por el lenguaje y el discurso en la construcción del «sentido común» acerca de la sexualidad de hombres y mujeres y en la manera como el discurso del sentido común funciona para reproducir la desigualdad de género.

### **«Y entonces me besó»: sexo, género, subjetividad y agentividad**

La feminista Catherine MacKinnon escribió una vez: «El hombre folla a la mujer. Sujeto, verbo, objeto» (1982: 541). Esta observación encapsula un fragmento persistente y perverso del sentido común acerca del género y la sexualidad: que sólo el hombre puede ser un sujeto sexual activo, mientras que el rol de la mujer es ser un objeto pasivo de deseo masculino. Este sentido común tiene consecuencias negativas para las mujeres: de un lado restringe su libertad para comportarse de forma activa como un sujeto en sí mismo, y de otro lado puede ser vulnerable a la explotación y el abuso por parte de los hombres quienes las tratan como objetos más que como sujetos

humanos iguales. Para decirlo de otro modo, las mujeres con frecuencia están en la posición de no poder tener el sexo que ellas quieren, mientras al mismo tiempo son forzadas a tener el que ellas no quieren. Aquí reflexionaremos sobre el modo por el lenguaje entra en escena.

Empezaremos donde lo hizo Catherine MacKinnon, con la gramática. Elizabeth Manning (1997) analiza la gramática de los verbos que denotan actos sexuales, románticos o íntimos tal como aparecen en el corpus de 211 millones de palabras en el idioma inglés (británico y estadounidense). Los verbos que le interesaron de manera particular se refieren a actividades que son concebidas a partir del compromiso de dos personas que se desean mutuamente (tales como «beso», «abrazo», «caricia», «toqueteo»), y una señal de ello es que pudiesen ser usadas en construcciones «recíprocas» con sujetos plurales y no con objetos, (por ejemplo, «nos besamos»), y/o con la expresión «mutuamente» (por ejemplo, «se acariaron mutuamente»). Los verbos que denotan actividad sexual, tales como «follar», «tirar», «pichar», «ligar», «hacer el amor» también permiten estas posibilidades gramaticales: se puede decir «nos follamos» o «hicieron el amor». Sin embargo, Manning encontró que tales construcciones no eran tan comunes en el corpus como los patrones alternativos en los cuales el sexo es representado como algo hecho por una persona a otra. Aún más, su análisis mostró que para verbos como «follar», «ligar» y «hacer el amor», el patrón más común (en los ejemplos relacionados con el sexo heterosexual) fue el de los hombres que ocupaban el lugar de sujetos y las mujeres el de objetos. Se dice de los hombres que follan / ligan / le hacen el amor a las mujeres, más que a la inversa. Cuando las mujeres eran los sujetos del verbo «hacer el amor» era más factible si continuaba la proposición «con»; cuando los sujetos eran hombres, era más factible encontrar la proposición «a». El término «echar un polvo» (un afectuoso término coloquial británico para hablar de la relación sexual) estaba distribuido de forma más equitativa en la relación de sujeto por género, aunque los sujetos masculinos continuaban sobrepasando en número levemente a las mujeres.

Este patrón no pertenece a la gramática en abstracto, sino a las posibilidades de la gramática que actualmente se emplean en el discurso. En el idioma inglés como tal, no hay una regla gramatical que impida a los hablantes representar el sexo como algo que los hombres hacen a las mujeres o que hombres y mujeres hacen juntos; pero en una gran muestra de discursos producidos por los usuarios del inglés, la representación preferida es fue la de que los hombres hacen algo a las mujeres. El título de esta sección alude a un ejemplo notorio. Cuando los Beach Boys re-grabaron una canción exitosa interpretada originalmente por un grupo femenino llamado The Crystals, y cuyo título era «Y entonces él me besó», ellos cambiaron la letra, como se hace en estos casos, para preservar la narrativa heterosexual del original. Ellos pudieron en teoría haber remplazado «él» por «ella» para cantar «Y entonces ella me besó» pero, de hecho, escribieron «Y entonces la besé». Escritores, autores y cantantes no estaban necesariamente conscientes de una lógica consistente que pudiese subyacer a su decisión, acerca de lo más «natural» o la forma gramatical más «apropiada» para frases como esta. Pero al hacer la elección, fuese consciente o no, ellos reproducían la lógica subyacente de la agentividad del hombre y la pasividad de la mujer y hacían circular de nuevo dicha dinámica en sus discursos.

Incluso cuando un escritor desea representar la actividad de las mujeres, si quieren alcanzar sus deseos sexuales de forma positiva, ello se torna bastante difícil de lograr. Consideren por ejemplo, la siguiente pieza de discurso tomada de una nota de un periódico británico acerca de un grupo femenino norteamericano llamado The Donnas (*Guardian Weekend*,<sup>15</sup> 28 de julio de 2001, pág. 35):

La mayoría de sus canciones hablan sobre acostarse, acostarse lo más a menudo posible, con el máximo de personas como sea posible, lo menos conocidos posible... Es el clásico rock sucio, en vez de, digamos, el de muchachas cantantes groseras de rap de estilo «zorra» como Li'l Kim. «Aunque hablamos como unas zorras, no somos unas zorras. Eso sería estúpido. Todas tenemos novio». Ford [Maya Ford, una de las integrantes

<sup>15</sup> Suplemento dominical del diario inglés *The Guardian*.



del grupo], parece ofendida por esa insinuación, lo cual resulta sorprendente viniendo de una mujer que escribió «Tengo que salir esta noche / me pica debajo de la ropa interior / Puedo oler tu sexo desde aquí / así que voy a tener una oportunidad»... En Londres, un DJ le preguntó sobre «40 chicos en 40 noches» (el título del más reciente éxito de grupo). [El DJ dijo] «¿Eso es un poco loco, no?» Ford hizo una pausa un tanto más larga de lo que se considera amistoso al hablar en la radio. Su respuesta fue: «¿Y qué tal 40 chicas en 40 noches? ¿Eso sí es lo suficientemente loco para ti?». Al mismo tiempo, ella se muestra muy interesada en aclarar que si no son unas zorras es sólo por la escasez de hombres aceptables. «O sea, en la gira pasada, mi baterista y yo estábamos solteras, y tratamos de pasarla bien con los fans, y encontramos algo así como dos chicos realmente lindos, pero la mayoría no eran lo suficientemente lindos».

El marco que el periodista ha usado para redactar este artículo es el de «chica mala/ chica buena» – The Donnas fueron comparadas con jóvenes virginales como Britney Spears y la tesis resultante es que hay señales que indican un «cambio de paradigma» en la cultura joven norteamericana, y que las «chicas buenas» ya tuvieron su momento, mientras que las «chicas malas» como «The Donnas» empiezan a tener éxito. El escritor obviamente está a favor del cambio de paradigma, pues describe a Britney y a las de su estilo como «un repulsivo grupo de chiquillas cantando sobre la castidad».

La primera observación que podríamos hacer es que no sería igualmente fácil establecer la misma distinción «bueno / malo» con los hombres jóvenes. Más exactamente, mientras es factible hacer la separación entre «chicos buenos» «chicos malos» al hablar, el contraste no se podría enmarcar entre castidad / virginidad por un lado y actividad sexual por el otro. El sexo es considerado como algo normal y de legítimo interés entre todos los hombres, aunque el modo como ellos lo obtienen y con quién podría diferenciarse en formas buenas y malas. El status de The Donnas como chicas «malas y rebeldes», sin embargo, se basa enteramente en su actitud entusiasta hacia el sexo en sus canciones. El título «40 chicos en 40 noches» hizo que un DJ describiese la situación como algo loco (en el inglés británico, la palabra usada, «fruity», se emplea para referirse a algo

«obsceno» más que ser una alusión a la homosexualidad, como lo es en el inglés de Estados Unidos, y como lo interpretó, en el diálogo de la cita anterior, la estadounidense Maya Ford). Dado que no hay nada nuevo o destacable en que un hombre cante sobre la cantidad de mujeres con quienes ha tenido sexo, lo «obsceno» del título «40 chicos en 40 noches» nace del simple hecho de que los papeles tradicionales se invirtieron.

La segunda observación que nace del extracto de la nota periodística se relaciona con la apariencia de los términos «vulgar» y «zorra» (esta última aparece 3 veces). Ambos términos provienen del rico léxico inglés que se refiere a las mujeres como prostitutas ([Penélope] Stanley, 1973). «Zorra» es definida en los diccionarios como una mujer vulgar y sucia, que no atiende su casa con propiedad, y puede ser empleada en ese sentido, pero en el uso contemporáneo es más específico el sentido sexual, y una zorra es una mujer que «se acuesta por ahí». «Vulgar» tiene un uso más reciente y popular entre los británicos y se refiere a una mujer promiscua de apariencia y conducta pedestre. Estos términos, y otros relacionados, no tienen equivalentes masculinos.

En este trozo de discurso los términos «vulgar» y más específicamente «zorra» funcionan en una forma complicada. Cuando el escritor describe a «The Donnas» como el «clásico rock sucio» en el contexto del artículo, es evidente que no está empleando un insulto; al contrario, parece aprobar la posición que han adoptado «The Donnas». Maya Ford, de otro lado, parece estar atrapada entre su lealtad a la imagen pública como miembro de un grupo rebelde y su prevención con el término «zorra» como un término peyorativo, algo que ella y las otras Donnas no quieren para sí en la realidad cotidiana. Ford parece «quedar confrontada» por la idea de que The Donnas pueda ser visto como un grupo de zorras por fuera del escenario y hace su descargo diciendo: «Todas tenemos novio». Luego, cuando dice que ellas podrían ser unas zorras si hubiese hombres lo suficientemente lindos, de todas formas se encarga de aclarar que, bajo ciertas circunstancias, eso sería aceptable, como en la gira anterior cuando ella y su baterista «trataron de pasarla bien con los fans», pues ellas no estaban engañando a nadie ya que en ese momento estaban

solteras. Aunque no tiene ningún inconveniente en hablar de sus deseos sexuales de forma abierta, Ford también enfatiza su lealtad a los ideales tradicionales del amor romántico y la fidelidad – los mismos ideales que separan a la mujer casta de la prostituta. Un problema que ella trata de negociar aquí, es que esos términos que representan las mujeres como agentes sexuales activos también tienden a describirlas como prostitutas; una clase de mujeres que soporta una agobiante carga de menosprecio. Ha habido intentos de algunas feministas por reaprovechar el término «zorra» (por ejemplo Califfa, 1983) pero es evidente que el término aún evoca sentimientos ambivalentes, así que las mujeres jóvenes como Maya Ford no pueden adoptarlo del todo para sí.

Parte de la dificultad que genera el reivindicar términos como «zorra» por parte de mujeres heterosexuales, se conecta con el hecho de que el uso de estos términos está arraigado en las prácticas de los grupos de pares que implican una serie de consecuencias potencialmente devastadoras. En los años 80, Sue Lees dirigió una investigación realizada con estudiantes británicos y encontró que el término «vagabunda» (que quiere decir casi lo mismo que «zorra»), era un arma poderosa usada tanto por chicos como por chicas para vigilar la conducta de las niñas (Lees, 1986). Las chicas vivían temerosas de ser tildadas de vagabundas, incluso si tal acusación estaba infundada, puesto que podía conducir las al ostracismo por parte de los chicos con quienes ellas esperarían tener una relación y/o por las chicas que forman parte de su grupo de pares y de su red de apoyo. Así, las chicas, de forma consciente y sistemática, evitaban usar cualquier indumentaria, discurso o conducta que hiciera que fueran llamadas de esta manera. No hay un epíteto correspondiente que pudiera controlar la conducta de los jóvenes, porque la promiscuidad o la renuncia a la castidad no evalúan el estatus de un muchacho de la forma como lo hace con una joven.

Debbie Epstein y Richard Johnson muestran en su más reciente estudio, *Sexualidades escolares* (1988), que casi nada de lo anterior ha cambiado: algunas jóvenes parecen disfrutar la notoriedad y el estatus potencialmente glamoroso y «desenfrenado» que les otorga el ser reconocidas como sexualmente activas, pero de todas formas la etiqueta «vagabunda»

ostenta un poder altamente significativo para hacerlas avergonzar, como lo ilustra este extracto de una conversación que involucra a Epstein, a Tracy, de 15 años, y a su amiga Sara:

DE: Porque tu decías que la gente te estaba mirando como si fueras una vagabunda, no estoy segura de qué significa eso.

T: Oh esos son algunos rumores que corrieron por donde yo vivo, sobre mí y este chico y parece que él los propagó – alguien empezó a hablar de mí y lo divulgó por toda la escuela. La gente solamente me miraba y no pude manejar eso y fue como si yo  
DE : Te debiste sentir realmente miserable.

T: Oh no, no, estaba realmente furiosa. Solo quería descargar mi ira con el primero que pasara

DE: Disculpa, ¿qué acabaste de decir, Sara?

S: No, sólo dije que ella estaba muy disgustada y eso.

T: No vine a la escuela como por tres días porque no podía darle la cara a nadie

A pesar de que Tracy inicialmente describe una respuesta resistente a la crítica de sus pares (de rabia) ella admite, cuando es corregida por la declaración de su amiga, que estaba disgustada y que tuvo que abstenerse de ir a la escuela por que no podía darle la cara a nadie. Es significativo también que, en la historia de Tracy, el rumor es presentado como consecuencia de algo que no es cierto. «Vagabunda», al igual que «homosexual» o «adicto al sexo» es un término que produce la categoría que lo nombra, y es notable que mientras las mujeres jóvenes como Tracy puedan y sean capaces de negar que son miembros de esa categoría, no desafiarán su estatus ontológico – en otras palabras, la presuposición de que algunas mujeres son «vagabundas». Su insistencia en que ellas personalmente no se merecen la etiqueta, no hace más que reforzar su poder y reproducir las presuposiciones sobre género y sobre la agentividad sexual en que se basa la misma.

### **Agentividad, responsabilidad y consentimiento**

Aunque se supone que las mujeres y las niñas no buscan satisfacer sus propios deseos sexuales, sí se supone que, por lo regular, se encargan de provocar el deseo de los hombres. También se supone que ayudan a los hombres a contener los apetitos mascu-

linos que, de otra manera, serían expresadas de forma inapropiada o antisocial. Una situación en la cual estas demandas contradictorias se convierten en tema de investigación, es el problema de presentar cargos a la justicia por violación o asalto sexual. En esta situación, es común que la conducta de la víctima sea analizada de forma crítica, y se formule la pregunta de si ella se esforzó lo suficiente para prevenir o resistir tal acción.

La analista crítica del discurso Susan Ehrlich, ha hecho un examen detallado de la agentividad y el consentimiento en el discurso de los procesos judiciales por violación y asalto sexual. Sus datos han sido tomados de las cortes y audiencias disciplinarias cuasi judiciales en una universidad canadiense, ambas relacionados con dos incidentes separados en el tiempo por cuestión de días, en la cual el acusado, un estudiante universitario a quien Ehrlich llama Matt, acude a la habitación de estudiantes mujeres por invitación de ellas, pero luego procede a realizar actos sexuales que las mujeres en cuestión dijeron no haber aceptado ni consentido. Como ocurre en la mayoría de los casos que involucran asaltos sexuales en los que el asaltante es conocido de la víctima, la defensa que tenía Matt era decir que ellas sí habían aceptado tener sexo: él no negó que los actos se hubieran llevado a cabo, ni que él hubiese participado; lo que negaba era que los actos hubiesen sido sin el consentimiento de las mujeres.

Como indica Ehrlich, en las acusaciones de violación y en el asalto sexual que involucran el tema del consentimiento, especialmente si no hay un daño físico implicado, la evidencia presentada consiste casi enteramente en el discurso – en los relatos conflictivos ofrecidos por el acusado y la parte demandante. El jurado o el panel disciplinario no está al tanto del evento en disputa en sí mismo, sino que debe basar sus decisiones en lo que dicen las partes involucradas después del hecho. Al analizar las actas de este caso, Ehrlich observó una diferencia importante entre la forma como las mismas acciones y eventos fueron representados por las demandantes y los fiscales, por un lado, y por Matt y por los abogados de la defensa, del otro. Las mujeres construyeron frases en las cuales Matt era el agente y ellas eran el objeto (carente de voluntad) de sus acciones, como por

ejemplo: «él me quitó la camiseta y... él desabrochó mi sostén... él me bajó los pantalones». El acusado y sus abogados emplearon construcciones gramaticales que minimizaron o eliminaron su agentividad, como por ejemplo, mediante el uso de plurales, para implicar reciprocidad y compromiso mutuo: «estábamos vacilando», «nos empezamos a besar» y demás construcciones pasivas que borraban al agente de tal forma que no quedaba claro quién debería ser considerado responsables de una acción, si Matt, la mujer o ambos: (por ejemplo, el abogado defensor preguntó, «¿Entiendo que la camiseta fue quitada?»).

La estrategia gramatical empleada por el acusado y sus abogados, invierte la presuposición tradicional de la agentividad sexual y su relación con el género. Matt, un miembro del género usualmente considerado protagonista de la parte activa en el sexo heterosexual, se representó a sí mismo y fue representado por sus abogados, como poseedor de menos agentividad sexual, mientras las acusadoras, aunque son miembros del género que usualmente juegan el rol «pasivo», fueron acusadas de forma persistente por su pasividad al no resistirse a los avances no deseados con más vehemencia. Aquí deberíamos recordar que quienes dan testimonio en los procesos judiciales, no pueden relatar libremente sus historias en la forma que quieran, sino que están sujetos o sujetas a las preguntas de los abogados. En este caso, una gran cantidad de preguntas se dirigieron a saber por qué las mujeres no se habían resistido contra Matt con fuerza. Esto tuvo sus consecuencias: el hombre no fue expulsado de la universidad y fue exonerado de los cargos en la corte. Los relatos presentados por las mujeres que le atribuían la agentividad a Matt no fueron convincentes, porque su aparente falta de resistencia adecuada se interpretó como un argumento que apoyaba la idea de él de que hubo sexo consentido, o al menos que él pudo, de forma razonable, haber creído que ellas lo consentían.

Lo que subyace a la aparente contradicción se aclara cuando examinamos la construcción discursiva del «consentimiento». Matt elucidó su definición del término en uno de los interrogatorios, explicando que «si una mujer no decía «no», ni decía «detente», eh, eh, eh, no saltaba y decía, «ahora quiero que te vayas», yo asumía ¿ok?... que eso es consentimiento»

(Ehrlich, 1988; 155). «Consentir», en esta definición, está mediado por la ausencia de resistencia fuerte. Las demandantes, por otra parte, insistían en sus relatos en que le dieron a Matt toda la evidencia razonable que una persona necesitaría para saber que no deseaban tener sexo con él, al no participar físicamente y hacer comentarios tales como que estaban cansadas y que querían ir a dormir. Según ellas, Matt debía haber deducido la ausencia de consentimiento a partir de estas pistas, sin necesitar el uso explícito de órdenes como «detente» o del uso de la fuerza física contra él. (Una de ellas explicaba que temía ofrecer una resistencia más fuerte porque creía que si él se disgustaba, podría ponerse más agresivo y causarle daño a ella). El panel disciplinario evaluó este conflicto como un caso de mal entendido entre hombres y mujeres. Sin embargo, éste no es el caso excepcional de malos entendidos ni tampoco es algo aleatorio. Nace de un doble nudo discursivo.<sup>16</sup>

Sally McConnell-Ginet (1989) observa que, sean cuales fueren sus intenciones individuales en una ocasión particular, una mujer no puede decir «no» a las propuestas sexuales de un hombre y sentirse confiada de que él entenderá de forma inequívoca que ella lo está rechazando. El «no» a menudo es interpretado como «quizás» o «sigue intentando». Esto no se debe simple y llanamente a que los hombres no entiendan qué quiere decir «no» en el idioma en cuestión. Más que ello, refleja las presuposiciones de la sociedad acerca de qué es lo normal (o normativo) en esta situación particular. El hecho de que se niega la agentividad sexual para las mujeres implica que se desaprueba el que las mujeres digan «sí» al sexo o que lo inicien. Las buenas chicas deberían mostrarse mojigatas a fin de demostrar que no son «zorras» o «ninfómanas», pero ello es una fórmula, un ritual de gestos que no debería frenar a los hom-

bres – se espera resistencia de parte de las mujeres, y en cuanto a ellas, se supone que esperan que los hombres insistan hasta vencer su resistencia<sup>17</sup>. Pero este modo de entender el cortejo y los rituales heterosexuales pone a las mujeres en la posición del pastorcito que grita: «¡lobo!»: cuando en verdad quieren decir «no», no pueden estar seguras si sus intenciones serán tenidas en cuenta.

Para responder a las críticas feministas sobre este asunto, se llevó a cabo un inusual experimento discursivo a principios de la década del 90 en una pequeña universidad, «progresista» en términos educativos, la Antioch College, en el estado de Ohio, en los Estados Unidos. En ella, se introdujo una política de consentimiento sexual de carácter abierto (diseñada por un grupo de estudiantes, administradores y miembros del profesorado), en la cual el consentimiento de carácter sexual se definía no por la ausencia de «no», sino por la presencia de «sí». El elemento central de dicha política consistía en exigir siempre una respuesta afirmativa, que se debía producir en todos los casos que implicaran encuentros sexuales. Explicaba un portavoz a la prensa: «La solicitud de consentimiento debe ser específica para cada acto... si quieres quitarle la blusa, debes preguntar... Si quieres tocarle sus pechos, debes preguntar... Si quieres mover tu mano hacia sus genitales, debes preguntar... Si quieres introducir el dedo dentro de ella, debes preguntar» (citado en Cameron, 1994: 32). Aunque la universidad no puso en práctica procedimientos de supervisión para vigilar la adhesión a este código, se requirió que los estudiantes nuevos asistieran a sesiones de trabajo en las que se les explicaba la misma y se estipulaba que cualquier intento de acoso y asalto sería penalizado; por ejemplo, si el sujeto contra quien se planteaba una queja había sido negligente al no seguir el código

<sup>16</sup> La frase empleada en el inglés es «double bind», que quiere decir que existen dos alternativas, ambas igualmente negativas. [N. del Tr.]

<sup>17</sup> Creer que las mujeres dicen «no» cuando quieren decir «sí» no es algo que carezca de soporte empírico; algunas mujeres en algunas ocasiones parece que se guían por las convenciones a las que alude McConnell-Ginet. En 1988, las psicólogas Charlene Muehlenhard y Lisa Hollanbaugh reportaron los hallazgos de un cuestionario aplicado a 610 estudiantes universitarias de pregrado a quienes se les preguntó sobre si habían estado implicadas en lo que llamaron «resistencia por medio de símbolos», por ejemplo, decir «no» cuando rechazaban de plano las intenciones sexuales, y qué razones habían tenido para ello. Encontraron que el 39.9% de las encuestadas habían tenido una resistencia por medio de símbolos al menos una vez. Las razones más significativas para ellas eran el temor a aparecer como promiscuas, los escrúpulos morales y lo que llamaban «razones de manipulación» o «por jugar». Ello incluía estar enojadas con su compañero, querer excitarlo aún más haciéndolo esperar y simplemente querer molestarlo (Muehlenhard & Hollanbaugh, 1988).

en cuanto a obtener consentimiento de parte de su compañera sexual, la queja sería aceptada como válida.

Esta iniciativa se produjo en medio de una controversia pública sobre lo que era políticamente correcto en los espacios universitarios. Y pronto llamó la atención de los medios de comunicación nacionales y extranjeros como un ejemplo claro de que lo «políticamente correcto» estaba llegando a los límites de la exasperación. El tono de la mayoría de las opiniones fue de incredulidad, concentrándose en dos planteamientos en particular: uno era la estupidez de las autoridades universitarias, al imaginar que la urgencia de los deseos sexuales de los jóvenes pudiese ser contenida y regulada por algún tipo de reglas. El otro era una objeción mucho más específica contra el contenido de las reglas de Antioch College, y es especialmente interesante en el contexto de nuestra discusión sobre el *lenguaje* y sexualidad. Lo que se juzgó como particularmente absurdo fue la obligación de que las personas debían *expresar* sus deseos. Una idea recurrente fue que hablar sobre lo que se estaba haciendo o se deseaba hacer, tiene que interferir inevitablemente con el hecho de llevarlo a cabo, y que, por tanto, destruye la espontaneidad y disuelve el placer en un torrente de palabras superfluas. El buen sexo está implícitamente relacionado como una comunión apasionada de los cuerpos en la que no caben las palabras, una experiencia trascendental que no puede y que no debería ser verbalizada.

Sin embargo, las entrevistas realizadas con miembros de la comunidad<sup>18</sup> del campus de Antioch sugirieron cosas diferentes (según Cameron, 1994). La principal motivación de la política de consentimiento en la universidad había sido la de prevenir las violaciones, y en esto habían enfatizado los directivos cuando se les preguntó por la característica esencial del proyecto, pero cuando se les preguntó a las estudiantes mujeres sobre el mismo, varias de ellas no se refirieron a sentirse más seguras, sino a que

habían tenido mejor sexo, más excitante, más variado y más placentero. Cuando se les preguntó cómo creían ellas que esta política había producido tal efecto, explicaron que la política las había llevado a desarrollar un nuevo lenguaje para representar sus deseos, con lo cual se hicieron más claros tanto para ellas mismas como para sus compañeros sexuales. Descubrieron que hablaban de forma mucho más explícita que antes sobre actos sexuales específicos, y enfatizaron en que ello mejoró sus experiencias en el sexo. Este punto de vista de lo que implicó el nuevo código sexual para algunos miembros de la comunidad se apartaba de la representación en los medios de la universidad de Antioch como una institución puritana, que trataba de impedir que sus estudiantes gozaran de la sexualidad «natural» de la gente; también era distinto del punto de vista «oficial» de las directivas universitarias sobre qué quería decir la política.

En la explicación dada por los portavoces de la universidad de Antioch sobre la explicación de la política del consentimiento sexual que mencionamos anteriormente – «...si quieres quitarle la blusa, debes preguntar...»– están vigentes las presuposiciones convencionales sobre género, agentividad y consentimiento: el sexo es entendido como algo que lo hombres inician y que las mujeres pueden admitir o rechazar. Esto, de alguna manera, podía conducir a error sobre el modo como en la realidad funcionaba la política de la universidad porque, aunque el objetivo oficial era prevenir las violaciones, dichas leyes estaban diseñadas para ser aplicadas a ambos géneros y para encuentros sexuales del mismo sexo o de sexos opuestos. A pesar de que se escogió el escenario más común, el más convencional, para ilustrar el principio de consentimiento afirmativo a la prensa (el hombre obligando a la mujer) quienes formularon esta política no descartaron la posibilidad de que los hombres también pudiesen querer decir «no» a una invitación sexual<sup>19</sup>. Esta es una jugada bastante inusual, pues en lo que convencionalmente se en-

<sup>18</sup> Por supuesto, hubo estudiantes que rechazaron el código o que simplemente, lo ignoraron, como indicaron ellos mismos. El principal foco de oposición que se presentó contra la política de consentimiento sexual lo encabezaron un grupo de hombres que se hacía llamar «El cementerio» y que, como ellos mismos indicaban, se dedicaba a la «preservación del machismo», (haciendo ostentación de su consumo de cerveza y de pornografía) y de un grupo de hermanas dentro de una organización para mujeres que se hacían llamar «Las mujeres de los matorrales». Estos grupos, sin embargo, fueron vistos (y se veían a sí mismos) como representantes de una minoría despreocupada, en una universidad con fuertes tendencias progresistas y «políticamente correcta».

<sup>19</sup> El decano de la universidad de Antioch informaba en la investigación de Cameron (1994) que los reclamos registrados en contra la política de consentimiento sexual habían sido elevados tanto por hombres como por mujeres heterosexuales y que también hubo quejas de gays y lesbianas.



tiende sobre el sexo heterosexual, resulta inimaginable que un hombre deje pasar la oportunidad de tener sexo. Rechazar esa posibilidad con una mujer genera el riesgo que un hombre sea visto como sexualmente inadecuado; en particular, puede generar dudas sobre sus credenciales como heterosexual y crear la sospecha de es gay.

Así, es interesante que haya una circunstancia en la cual el rechazo sexual masculino se interpreta con empatía: cuando una propuesta no deseada no viene de una mujer hacia un hombre, sino de un hombre gay hacia un hombre que es, o dice ser, heterosexual. Esto sugiere que hay un conflicto entre los discursos que reglamentan la aceptación o el rechazo de un acercamiento sexual por parte de los hombres: si por una parte se asume que «los hombres de verdad siempre están dispuestos a tener sexo», por otra parte también se piensa que «los hombres de verdad actúan de tal forma que siempre buscan reafirmar su heterosexualidad», y no actúan de forma que se pueda poner en duda su heterosexualidad». Así, si la invitación viene de una mujer, la aceptación es la elección «no marcada» (la usual, que se da por descontado), porque rechazarla podría significar no ser heterosexual; si la invitación viene de un hombre, por el contrario, el rechazo es la elección «no marcada», porque aceptarla implica la no heterosexualidad. No sólo se ve como una conducta masculina aceptable el rechazar el sexo si la invitación viene de otro hombre, sino que también en ocasiones se ve como razonable que los hombres respondan a tal invitación mediante el uso de la violencia física. Esto es lo que subyace a la defensa legal que apela al «pánico homosexual», empleado en los casos en los que un hombre heterosexual responde a un acercamiento (real, imaginado o inventado), por parte de un hombre homosexual, maltratándolo o incluso matándolo.

«El pánico homosexual» era una condición psiquiátrica que se propuso por primera vez en 1920. En su propuesta original, no se refería a un miedo promovido por el acercamiento de otros hombres. En lugar de ello, hacía referencia a casos en los que los hombres que se encontraban en ambientes con una marcada presencia de varones, se percataban de sentir fuertes deseos homosexuales, que se sentían incapaces de controlar, sintiéndose a la vez incapaces de actuar con base en ellos. La formulación original de este desorden se basó en el diagnóstico de un pequeño número de soldados y marineros en un hospital gubernamental de los Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial. Estos hombres no eran violentos: por el contrario, eran pasivos. El desorden se caracterizaba por periodos de aislamiento introspectivo, de auto-castigo, con intentos suicidas, sentimientos de desamparo y aislamiento.

Más tarde, algunos expertos expandieron la idea del pánico homosexual para explicar actos de violencia, sugiriendo que quienes los cometían, habían entrado en pánico al sentir un acercamiento (o al temerlo) por parte de un homosexual, pues ello lesionaba su frágil identidad heterosexual. Sin embargo, en casos judiciales recientes, en los cuales el «pánico homosexual» se ha ofrecido como una defensa legal, el argumento *no* ha sido que el acusado hubiese reaccionado violentamente debido a su inseguridad sexual. En lugar de ello, sus acciones se han explicado como una respuesta entendible y defendible ante un avance homosexual no deseado. Para un hombre homosexual, tal avance se constituye en una especie de asalto, y los actos de violencia que se comenten en el subsiguiente ataque de pánico deben ser entendidos como una defensa propia y plenamente justificable<sup>20</sup>

<sup>20</sup> En un caso reciente bastante notorio, un heterosexual invitado a un programa de entrevistas por la televisión norteamericana, decía que iba a conocer en vivo a alguien que estaba enamorado de él: resultó que era un gay. Tres días después, el invitado heterosexual fue a casa del homosexual y le disparó hasta matarlo. Esperar 72 horas difícilmente significa que el asesino estuviese en medio de un ataque de «pánico homosexual», generado por el «acercamiento» de su víctima, pero de todas formas el instrumento legal empleado, el «pánico homosexual», permitió que se le condenara por asesinato en segundo grado, no en primero (para un análisis concienzudo de este caso, ver Kulick, en prensa, y en: <http://www.courtvt.com/verdicts/schmitz.html>).